**Sergio Toyos** 

## Despacio

Ventajas de la velocidad mínima



# PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES DEL INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA







### **Sergio Toyos**

## DESPACIO

Ventajas de la velocidad mínima

**Sergio Toyos** (Oviedo, 1989) Graduado en Dramaturgia y Dirección escénica por la RESAD, comienza su carrera artística en 2007 como actor y bailarín profesional en espectáculos como *Hoy no me puedo levantar*, *Los 40 El Musical, El Último Jinete, The Hole* o *Muerte en el Nilo*.

Entre sus publicaciones destacan las obras *Urogallo de Piedra* (Fundamentos, 2020) y *Coparental para cual* (Antígona, 2022), el artículo de investigación *Del radioteatro a la ficción sonora de rne en 2021*. Los santos inocentes, La reina muerta y Ventajas de viajar en tren. (Acotaciones, Vol. 2 Núm. 49) y varias colaboraciones en revistas como Primer acto o Babar. Ha trabajado como director y/o dramaturgo en espectáculos como *Qué fue de Carmela* (Nave 73, Madrid, 2020), el musical *La vida en pedazos* (Teatre Gaudí, Barcelona, 2021), *Gochos* (Teatro Fernán-Gómez, Madrid, 2022), una obra de danza documento, creada junto a David Blanco, sobre los trabajos de exhumación en la fosa común de El Rellán (Grado, Asturias) y *Con los ojos cerrados* (Teatro Círculo, Nueva York, 2022), obra por la que recibe el Premio ATI como Mejor Director de Teatro Visitante (2022) y el Premio LATA (Latin Alternative Theatre Awards) como Mejor Dirección Unipersonal.

Desde 2022, trabaja en el equipo creativo de la productora letsgo, creando espectáculos, experiencias inmersivas y exposiciones entre las que destacan las distintas ediciones de *Naturaleza Encendida* o *Tim Burton, FI Laberinto*.

En 2024, es seleccionado por el INAEM para participar en el XII Programa de Desarrollo de Dramaturgias Actuales, en el que escribe la obra *Despacio: ventajas de la velocidad mínima*.

### **Sergio Toyos**

## **DESPACIO**

Ventajas de la velocidad mínima











- © SergioToyos, 2024
- © Imagen de cubierta: Artenvisahu
- © *De la presente edición:* Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

*Diseño y maquetación:* Artenvisahu

NIPO: 193-24-081-5

#### De nueche nun puede ser...

... y del texto hablaré en un rato, lo prometo. Quiero empezar por una historia. Una que tiene que ver con esta.

Yo hubiese bailado desde niño de no ser por mi conciencia temprana de lo expuesto que eso me iba a dejar. Si ya el tono de mi voz y mis palabras y mi forma involuntaria de 'doblar la patita' – usando la expresión de Pedro Lemebel – eran como un letrero gigantesco que decía 'Maricón', y si pocos en La Pola Siero se guardaban de emitir algún comentario o juicio al respecto, no quería pensar en qué sucedería si, además, empezaba a bailar, o hacía delante de más gente eso que tenía lugar en el salón de mi casa y que era mi auténtico planeta y mi centro de placer y mi lugar dorado. Qué ocurriría si la romería que yo era – y soy – pasaba a vivir de la nocturnidad al día, al contrario que en el himno del Carmín, donde lo aceptado y lo prohibido no intercambian nunca los lugares que una sociedad – la polesa, en este caso – les asigna.

No puedo decir que la tristeza que yo sentí durante toda mi infancia y buena parte de mi adolescencia se haya focalizado en una o dos personas acosadoras, ni siquiera en un grupo que fuera especialmente hostil hacia mí. Cada una a su modo, todas las personas de mi mundo participaban de esa hostilidad, la cual, por supuesto, manifestaba distintos grados e intensidades y, la mayoría de las veces se traducía en poco más que un intento torpe por comprender y comunicar una diferencia. Eso no excusa al colectivo que sostiene un sistema de creencias y valores determinado, y creo que para mí, maricón desde que tengo uso de razón, nacido en el año de la rata de 1984 en una villa asturiana lo bastante grande y lo bastante pequeña como para albergar lo peor de ambas condiciones, no fue nada fácil sentir pertenencia más allá del umbral de mi casa. Sabía que, en algún momento u otro, antes o después, tendría que pasar por las

mismas preguntas o alusiones, habría que acabar explicándole a alguien quién era yo, qué me interesaba y qué no, qué motivaba mi manera de hacer y de mirar las cosas. Tendría que pasar por el aro de la justificación. Y eso era humillante.

En la necesidad de abandonar un sentimiento de humillación al que, no obstante, estás emparejado de por vida - porque te construye -, siento que reside la génesis de este texto maravilloso. Imposible no descubrirme agarrado por él – zarandeado, incluso - puesto que me contiene. Huele a toda la soledad mórbida de la juventud – la mía, quizá también la de Sergio -. Tiene algo de la melancolía que se le quedó adherida a mi pasado, solo que el texto, en vez de rechazar o ajusticiar esta emoción pringosa, tentación a la que bien podría haber sucumbido, 'perdona' esa melancolía y se dirige a ella, en coche y por carretera, sin pausa pero sin prisa. Esta pieza de múltiples caras es sabia y entiende que, por muy oscuro que resulte el surco de origen, es el único sitio al que volver. Al fin y al cabo, en ese lugar de retorno también orbitaban los planetas y los centros de placer personales. En La Pola también estaban, además de mis primeros jueces y demonios, mi cuarto y mis primeras obras de teatro y el cine grabado de la tele en cintas de VHS y el descubrimiento del sexo y la sustancia misma de un amor inefable que no es sino la familia propia, la raíz del árbol, el surtidor de uno mismo. El texto no evita esta contradicción aparente entre la atracción y el rechazo, todo lo contrario: vive en ella, se estructura en torno a ella, y muchas de sus réplicas más agudas deben su impacto a este regusto paradojal.

\*

Si estás leyendo el prólogo antes que el texto, entonces no estarás entendiendo nada de esto, o muy poco. El caso es que Sergio – autor de "*Despacio, ventajas de la velocidad mínima*" – y yo – que también me llamo Sergio – somos de La Pola Siero. Mi

casa estaba muy cerca de la suya, dado que yo vivía casi donde empezaba su pueblo, La Carrera. Pertenecemos a generaciones distintas y guardo pocos o casi ningún recuerdo de su persona de la época en la que yo iba al instituto. Le conocería mejor años después, en Madrid. Era fácil que así fuera, ya que el teatro y la escena también estaban en su ADN.Y siempre quise preguntarle cómo había sido para él crecer en La Pola. Ahora ya no tengo que hacerlo porque poseo algo mucho mejor que el relato de su pasado, poseo la ficción que lo supera.

\*

La pieza que habéis leído o vais a empezar a leer tiene otra génesis alterna en el arquetipo de los gemelos. No hay cultura que no haya lidiado con los seres replicados, trasuntos de la división cuerpo-alma, esa división entre animalidad y espiritualidad que condensa como nada el fenómeno de la 'condición humana'.

Muchas de estas historias de corte 'geminiano' presentan a uno de los hermanos idénticos como 'el hermano bueno', y al otro como el malo, al igual que Caín y Abel son respectivamente iconos de ferocidad y de beatitud, de compromiso con lo tangible o con lo inasible -. Sergio no trabaja este elemento argumental con arreglo al mito, más bien lo invierte. Daniel, el gemelo 'sano' de esta historia, aquel que podría pasar por ser la versión elevada de esa realidad 'doble', emprende un viaje al lado más demoníaco y oscuro de su psique. Jorge, el gemelo 'enfermo' y dependiente, un personaje que pone a prueba la paciencia de su hermano y también la del lector, es no obstante el motor de todo cuanto sucede en la pieza y, en consecuencia, su corazón, su luz oculta. El vínculo entre Daniel y Jorge no viene, pues, a reconfirmar el maniqueísmo del mito, en parte porque Sergio sabe bien de lo que está escribiendo y lo hace mucho más allá de su fascinación por los símbolos: él mismo es el gemelo de su hermano David y ha vivido en sus carnes, de un modo más rotundo que el resto, el

deseo acuciante de diferenciarse. Y por mucho que "Despacio..." tenga más de ficción que de autoficción – eso en caso de que ambas no sean una misma cosa, como yo tiendo a pensar cada vez que me sobreviene el concepto –, la experiencia propia de Sergio permea todas y cada una de las palabras de su pieza y lo que es más importante, concede cercanía y universalidad a su trama. Nada como atreverse a volver al propio jardín de infancia para estar en todas las infancias a la vez. La relación de Sergio con los espejos es, por tanto, privilegiada. Eso le permite transformar el relato de dos gemelos que no pueden evitar anularse mutuamente en una sobrecogedora historia de amor, la historia del vínculo esquizoide y a menudo odioso que todos mantenemos con nosotros mismos.

Géminis, tercer signo del zodiaco - y ascendente y luna de quien escribe -, también nos habla de la mente y su modo de funcionar. No es en vano que el texto despliegue su peripecia a partir, precisamente, del deterioro cognitivo. Olvidar algo, además, no implica un parón o descenso de la actividad mental; al revés, supone un incremento obsesivo de la misma en un acto laberíntico de repensarlo todo para darle una mínima estabilidad a una percepción errante. Daniel, en el texto, vela el olvido progresivo de su hermano con culpa, la culpa de quien deseó olvidarse de sí mismo por otros medios y, al final, acaba padeciendo las huellas inmensas de ese anhelo en el cuerpo de su gemelo, su doble, su reflejo. La solución al malestar que le asedia pasa por sentir lo que su mente solo puede pensar; y así es como el destino final de Jorge levantará las esclusas para que el sentimiento no atendido lo anegue y lo desacelere todo. Daniel, en su road-trip improvisado, vagando por una red de carreteras secundarias a sabiendas de que la Asturias - Ítaca es el destino inaplazable, encarna esa caída en las aguas de Piscis, último signo del zodiaco y solución al conflicto: todo pasa por sentir. Sentir y perdonar. Caída y ascenso.

El texto es menos solemne que todo esto, por suerte. Tiene toda la tierra que yo no he podido aportarle a este prólogo, y eso que lo empecé provisto de azada.

\*

Yo, bailando, era feliz. Felizmente transparente. Todavía es mi actividad favorita, sobre todo ahora que me entrego a ella de una forma menos mental, más anclada al cuerpo con el que ya estoy prácticamente reconciliado. Entiendo que, en mi vida, la danza habría tenido un lugar mucho más prominente de haber podido valorar desde el principio ese cuerpo mío, el cual era, sin duda, un cuerpo 'otro', un cuerpo señalado por sus fisuras. Costó quererlo. Costó aún más confiar en él. Pero hoy, al fin, bailo y me permito ser todo lo ridículo que pueda. Al fin y al cabo, y como dice Mircea Eliade en uno de sus ensayos breves, el ridículo es el elemento dinámico, creador e innovador de toda conciencia que se quiera viva¹.

Creo que mi tocayo Sergio también ha abrazado el ridículo de hablar de sus fantasmas, de fabular a partir de su vida y la de su hermano gemelo — partiendo de un suceso real que no desvelaré –, de nombrar a los agresores con nombres y apellidos, de ponerse una camiseta del Sporting de Gijón. Yo le aplaudo y le celebro. Mejor aún: se lo agradezco de todo corazón, porque creo que su texto va a ayudarme a seguir bailando en toda mi hermosa ridiculez.

Sergio Martínez Vila.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup>Eliade, Mircea. "El vuelo mágico", Ed. Siruela. Página 31.

## **Despacio**

Ventajas de la velocidad mínima

#### **DRAMATIS PERSONAE**

DANIEL. Hermano gemelo de Jorge. Más calmado y más práctico que su hermano.

JORGE. Hermano gemelo de Daniel. Más nervioso y más dependiente. Padece Alzheimer.

#### **ESCENA 1: EL HOSTAL**

Habitación individual de un hostal de carretera. Una cama pequeña, una butaca, una lámpara y un espejo.

Daniel entra en la habitación en silencio. Sus movimientos son lentos y pesados. Enciende una luz y deja en algún sitio las pocas cosas que lleva encima. Las llaves de un coche, una mochila y una chaqueta.

JORGE entra en la habitación como si estuviera escapando de algo. Se mueve con soltura y rapidez.

JORGE.- ¡Madre mía! Creo que se ha dado cuenta la recepcionista. ¡Yo no sé para qué te hago caso! Estaba la mujer con el teléfono cuando pasé por delante. Levantó la vista y me miró como raro. Yo seguí hasta el ascensor y piqué varias veces. Me giré disimuladamente y vi que me seguía mirando, así que me entró la risa nerviosa. Entonces se levantó de su sitio y eché a correr escalera arriba.

Daniel.- ¿Echaste a correr? ¿Por qué?

JORGE.- Me asusté. Pensaba que me iba a decir algo y me dio vergüenza.

Daniel.- Seguro que se asustó ella más que tú. ¡Mira que entrar corriendo! Pensaría que ibas a robar.

JORGE.- Entré caminando. Correr, ya corrí luego.

Daniel.- ¿No podías hacerme caso y entrar normal? Andando de frente, con seguridad. Incluso decir ¡Buenas noches!

Jorge.- Pensaba que ya lo habrías dicho.

Daniel.- ¿Yo? No, yo no lo dije.

Jorge.- ¿Por qué no? Sería lo más normal.

Daniel.- Porque supuse que lo dirías tú.

JORGE.- Hombre, si no me avisas... ¡Qué sé yo lo que le has dicho! Ahora estará pensando que somos unos maleducados. Con razón me miró así.

Daniel.- No te miró de ninguna manera.

JORGE.- Cualquier día nos van a pillar y ese día... ¡Ja, ja! Te lo vas a comer tú solita, porque hacer esto en los ochenta o en los noventa podría tener sentido, pero hoy en día, que hay cámaras en cualquier sitio, se nota que hay dos personas. Bueno, no es que se note, ¡es que se ve!

Daniel.-Y se oye con lo que gritas.

JORGE.- No grito, es que tengo esta voz. Tenemos esta voz. ¿Qué quieres que haga?

Daniel.- Que bajes el volumen.

JORGE. - Si no quieres oírme, vete a tu habitación.

Daniel.- Estoy en ella, que llegué primero.

JORGE.-; No! Esta es la mía, que está a mi nombre.

DANIEL.- Pero tu DNI lo utilicé yo, así que es la nuestra.

JORGE.- Será si yo quiero.

Daniel.- ¿Por qué no vas a querer? ¡Si te sale a mitad de precio!

JORGE.- Desde que paramos en Aviñón, suenas como raro.

Daniel.- ¿Raro?

Jorge.- Como hueco. Como... metálico, no sé. Como si estuvieras debajo del agua a veces también.

Daniel.- ¿Llevas puestos los audífonos?

JORGE lo comprueba y afirma.

Daniel.- Pues yo estoy hablando igual que siempre.

JORGE mira extrañado la habitación.

Jorge.- ¿No había alguna más pequeña?

Daniel.- Con baño dentro y a este precio era la mejor.

#### DESPACIO -VENTAJAS DE LA VELOCIDAD MÍNIMA

Jorge.- Me refiero a la cama.

Daniel.- ¿Qué le pasa?

Jorge.- ¡Que no cabemos!

Daniel.- Duerme tú y me quedo yo en el coche.

JORGE.- No, en el coche no, que me da miedo.

Daniel.- Pues pedimos otra almohada y me tiro de alguna manera en esa butaca.

JORGE.- Sí, claro. Como si la recepcionista no estuviera ya lo suficientemente mosqueada. ¡Como para pedirle ahora dos almohadas!

Daniel.- No está mosqueada y solo voy a pedirle una.

JORGE.- No lo sabes y la que le pides más la que tenemos son dos.

Daniel.- Duermo en el coche y se acabó la discusión.

JORGE.- De eso nada. Duermes en la cama que llevas todo el día conduciendo y tienes que descansar.

Daniel.- ¿Y tú?

Jorge.- Yo en la otra habitación.

DANIEL.- No vamos a coger otra habitación.

JORGE.- Es el último viaje juntos. ¿Es así como lo quieres recordar? ¿Con dolor de espalda por dormir en una silla?

Daniel.- Butaca.

Jorge.- ¡Qué más da!

Daniel.- Lo importante es que lleguemos a tiempo.

JORGE.- No llegaremos nunca si te sales de la carretera en cualquier curva, porque has preferido ahogarte en cafeína durante el día en vez de descansar por la noche.

Daniel.- ¿Qué se cena?

JORGE.- El bocadillo que no te quisiste comer a mediodía.

DANIEL.- Estará fino el bocadillo a estas horas.

JORGE.- ¡Habértelo comido antes! En el coche es lo único que quedaba.

Silencio.

DANIEL.- ¿Hasta dónde quieres que lleguemos mañana?

Jorge.- Hasta donde se pueda.

Daniel.- ¿Kilómetros?

JORGE.- Yo a partir de los cuatrocientos empiezo a no sentir la espalda.

Daniel.- Intentamos hacer doscientos del tirón y a partir de ahí decidimos.

JORGE.- Doscientos kilómetros, con estas curvas, es como no moverse del sitio.

Daniel.- ¿Tengo yo la culpa de la forma de la carretera?

JORGE.- Si fuésemos por la autovía llegaríamos antes.

Silencio.

JORGE.- ¿El desayuno está incluido?

Daniel.- Solo para uno.

Silencio. Se ríen.

JORGE.- Cualquier día nos van a pillar.

Daniel.- Cualquier día, pero mañana no.

#### **ESCENA 2: LA COCINA**

Cocina de un apartamento. Una mesa y dos sillas. JORGE y DANIEL están sentados a la mesa.

DANIEL.- (*A público*.) Estábamos sentados en la cocina. Cenando en silencio y con la mirada perdida. Él por la demencia y yo por el cansancio, cuando de repente me dijo...

JORGE.- Quiero ir a casa.

DANIEL.- Estamos en casa, Jorge. (*A público*.) Se lo dije para que se quedara tranquilo. A veces la enfermedad le hace revivir momentos del pasado. Bueno, el que los revive soy yo. Él los vive por primera vez cada una de las veces.

JORGE.- No, aquí no. Quiero ir a nuestra casa, casa.

Daniel.- Esta es nuestra casa, casa, no tenemos otra. (*A público*.) Antes vivíamos por separado, pero hace tres años dejé mi piso del centro para venir a cuidarlo. No, tres años no, cuatro. Eso es, cuatro. Espera, ¿en qué año estamos?

JORGE. - Quiero ir a Asturias.

DANIEL.- ¡Sí, hombre, ahora mismo! ¿Te has tomado la medicación?

Jorge.- (Levantándose.) Vámonos. ¡Rápido!

DANIEL.- Que no, que no. Que yo no voy a ninguna parte. ¡Y menos a estas horas! ¿Te hago una tila? (*A público.*) Le puse al lado del plato su taza de Duralex naranja y empecé a calentar el agua sin esperar ninguna respuesta.

JORGE.- Lo único que quiero que hagas es la maleta.

Daniel.- Haz el favor, Jorge. Siéntate, venga. ¿Necesitas que te parta la tortilla?

JORGE.- Me voy a ir.

Silencio.

Daniel.- (*A público*.) Me voy a ir, me dijo. Me acuerdo perfectamente.

JORGE.- ¿Dónde está el coche? Tenemos que salir ya.

Daniel.- ¡No digas tonterías! Desde Berna hasta Asturias hay más de mil quinientos kilómetros por autovía.

Jorge.- ¡Pues ponte en marcha! Si nos damos prisa, mañana desayunamos con un culete de sidra.

Daniel.- Eso es físicamente imposible.

JORGE.- Imposible no hay nada, Daniel.

Daniel.- Mil quinientos kilómetros, a una media de cien

kilómetros por hora ya supone quince horas de viaje. Contando con que deberíamos parar a descansar treinta minutos cada ciento cincuenta kilómetros, son diez paradas, así que cinco horas más. Veinte horas casi del tirón. Eso mi cuerpo ya no lo aguanta y el tuyo muchísimo menos.

Jorge. - Escúchame, ¡escúchame! Necesito que cojas lo esencial y que nos vayamos ahora mismo, de verdad. No después. No mañana. Ahora.

Daniel.- ¿Te traigo un yogur natural?

JORGE.- Ahora.

#### **ESCENA 3: EL HOSPITAL**

Sala de espera de un hospital. Algún banco.

Jorge.- (A público.) Los momentos de lucidez eran cada vez menos y más cortos, por eso teníamos que aprovecharlos muy bien. La última vez que fuimos a revisión con la neuróloga tuve uno. Estábamos en el Hospital Universitario de Berna. Él me había dejado sentadito en el pasillo, como siempre, al lado de la puerta de la consulta, mientras iba al baño antes de que llegara nuestro turno. De repente me vi allí solo. Tardé un par de segundos en reconocer dónde estaba, pero, cuando conseguí orientarme, me puse de pie y entré corriendo a ver a la doctora. ¡Por suerte estaba sola! Mi Alzheimer estaba en

una etapa muy avanzada y tenía una infección respiratoria que pintaba realmente mal. Superar los dos meses de vida sería un milagro de la naturaleza. La doctora me ofreció la posibilidad de ingresarme, pero me negué. El tiempo que me quedara no lo iba a pasar en la cama de un hospital de Suiza, por poca cuenta que me diera de las cosas. (*Pausa*.) A partir de entonces, mis apagones pasaron de parecerme un gran inconveniente a ser el único momento del día de calma y tranquilidad. Si no podía acordarme de mi vida, tampoco podía acordarme de mi muerte. (*Sonríe*.) Siempre he sido una persona muy optimista.

#### **ESCENA 4: EL SECUESTRO**

Misma habitación de hostal que en la escena 1.

Daniel se pone la chaqueta.

JORGE empieza a mirar a su alrededor muy desorientado. No reconoce dónde está ni quién es DANIEL. Investiga cada rincón de la habitación. Se sube a la butaca, intenta escuchar a través de las paredes y mira debajo de la cama.

Daniel.- Para.

Jorge. - ¿Qué?

DANIEL.- Que pares. No hagas eso, que te vas a marear.

Jorge.- ¿Dónde estoy?

Daniel.- En un hostal.

JORGE.- Eso ya lo veo, pero ¿dónde?

Daniel.- En los pirineos. Setcases se llama el pueblo. ¡Es bien bonito! Mañana podríamos dar una vuelta.

JORGE mira fijamente a DANIEL en silencio.

Jorge.- ¿Quién eres?

Daniel.-Ven, siéntate un poco.

DANIEL intenta tocar a JORGE, pero JORGE se aparta asustado.

Daniel.- ¡Por favor, para!

JORGE.- Dime quién eres ahora mismo o llamo a la policía. (*Buscando en los bolsillos*.) ¿Dónde tengo el móvil? ¿Me lo has quitado?

Daniel.- Te lo habrás dejado en el coche.

JORGE.- ¿Me has traído en coche? ¿Es un secuestro?

Daniel.- No.

#### DESPACIO -VENTAJAS DE LA VELOCIDAD MÍNIMA

JORGE. - ¿Eres el líder de una banda? (DANIEL niega con la cabeza.) ¿Tus hombres me han atado a la cama?

Daniel.-Ya te gustaría.

JORGE.- ¿Cuántos días llevo aquí? Seguro que me has drogado con algo.

Daniel.- ¿Quieres hacer el favor de parar?

JORGE.- ¡Voy a llamar a recepción! Claramente me has drogado.

Daniel.- No te he hecho nada.

JORGE.- ¡Pues me habré drogado yo! La cabeza me da vueltas y suenas como... raro.

Daniel.- ¿Otra vez?

JORGE.- Como hueco. Como... metálico, no sé.

Daniel.- Como si estuviera debajo del agua.

JORGE.- ¡Exacto! ¿Cómo lo sabes?

JORGE descuelga el teléfono de la mesilla de noche.

Daniel.- No funciona.

JORGE.- ¿Ah, no?

Daniel.- No.

JORGE. - ¿Y no te parece sospechoso?

Daniel.- ¿En un hostal como este? Nada de nada.

JORGE.- No lo querrás admitir, pero yo creo que me tienes un poco secuestradilla.

Daniel. - No es verdad.

JORGE.- Me despierto de repente en una habitación de hostal con un señor rarísimo que me dice que pare. No tengo el móvil y el único aparato que conecta con el exterior no funciona, pero el señor raro, y algo feo para qué te voy a mentir, solo me dice que pare.

Daniel.- Somos iguales.

Jorge.- ¿Qué?

Daniel.- Físicamente.

Jorge.- No entiendo.

DANIEL.- Que si te parezco raro y feo... te vas a llevar un buen susto.

JORGE.- (*Impostando una educación exagerada*.) Disculpe, caballero. Aunque nos expresamos en el mismo idioma, no llego a

comprender lo que usted me dice.

DANIEL.- (Colocando a JORGE frente al espejo.) Mira.

JORGE grita.

JORGE. - ¿¡Qué me has hecho, desgraciada!? ¿Además de secuestrador, eres un brujo?

Daniel.- (Siguiéndole la corriente.) ¡Oh, no! ¡Has descubierto mi verdadera identidad!

JORGE.- ¡Lo sabía! Seguro que eres un brujo terrible.

Daniel.- Sí, poderosísimo. Será mejor que te rindas.

Jorge.- ¡Jamás! Acabaré contigo.

Daniel.- Imposible.

JORGE.- Oh... Acabo de detectar un fallo en ti.

Daniel.- ¿Ah, sí? ¿Cuál?

Jorge.- Uno terminológico. Has dicho que algo es imposible, cuando deberías haber utilizado "poco probable". Es un error común, pero que no pensaba que cometería un brujo poderosísimo como tú. ¿Es esa la forma de derrotarte?

Daniel.- Si te lo dijera, sería un brujo poderosísimo de mierda.

¿No te parece?

JORGE.- ¿Cómo puedo romper el hechizo? ¿Debo matarte?

Daniel.- ¿Qué hechizo?

JORGE.- El de mi cara. ¿Acaso hay otros hechizos?

Daniel.- No.

JORGE. - ¿Qué otros hechizos me has lanzado? Me noto raro.

Daniel.- Jorge, vamos a dejarlo, estoy reventado.

JORGE. - ¿¡Desde cuándo sabes mi nombre!?

Daniel.- Por desgracia, desde que tengo uso de memoria.

JORGE.- Vamos, que además de secuestrador y brujo... eres un obseso.

Daniel.- Absolutamente.

JORGE.- ¿Estás obsesionado conmigo?

Daniel.- Claro que sí. ¡Muchísimo!

JORGE.- Lo sabía...

Daniel.- Dame el bocadillo, anda. Al final me ha entrado el

hambre.

JORGE. - ¿Qué bocadillo?

Daniel.- El que compramos esta mañana cerca de Montpellier.

JORGE.- Yo no compré ningún bocadillo.

Daniel.- Es verdad, lo compré yo. Pásamelo. Está en la mochila.

Jorge. - ¿Qué mochila?

Daniel.- La mía. Mete la mano y verás cómo lo encuentras.

JORGE.- Es un truco para inmovilizarme. ¿A que sí? Te gusta la dominación.

Daniel.- No. Es porque quiero cenar.

JORGE mete la mano en la mochila.

JORGE.- Está vacía. ¡O mejor dicho! ¿Está vacía?

Daniel.- Tiene que haber un bocadillo envuelto en papel de plata.

JORGE. - ¿Seguro?

DANIEL.- Tiene que estar ahí dentro. A no ser que te lo hayas comido.

JORGE.- Si eres tan brujo. ¿Por qué no lo adivinas?

Daniel.- Es que mi especialidad es otra.

Jorge.-Ya. La transfiguración, supongo.

Daniel.- ¿¡Cómo lo sabes!?

JORGE.- (Señalándose la cara.) ¡Por esto!

Silencio.

JORGE.- ¿Qué has hecho con mi cara?

Daniel.- Esa es tu cara.

JORGE.- No es verdad, no es cierto.

Daniel.- Claro que sí.

JORGE.- Si me lo dices te doy el bocadillo.

Daniel.- Tu cara es la que es.

JORGE.- ¡Era! Mi cara es la que era.

DANIEL.- Bueno eso, era. ¿Me lo puedes dar ya? Tengo hambre.

JORGE.- ¡Y ni siquiera era así! ¡Era más guapo!

Daniel.- No.

Jorge.- Claro que sí, mucho más.

DANIEL.- Lo que pasa es que te recuerdas con cariño, pero estas caras llevan siendo así muchos años y cada día un poquito más viejas. Yo con alguna cicatriz en la frente y tú con audífonos y gafas, pero igualitos. A los ojos de un desconocido, tan idénticos que saber quién es quién resulta imposible.

JORGE.- Poco probable querrás decir.

Daniel.- Lo que sea.

JORGE empieza a hablar con acento asturiano.

Daniel le sigue la corriente.

JORGE.- Paez que me quier sonar un acentucu de Asturias.

Daniel.- Ta sonándote bien.

JORGE. - ¿ Qué yes asturianu, oh?

DANIEL.- ¡Home, claro!

JORGE.- ¡No me fastidies! ¡Yo también!

Daniel.- ¡Me cago en la mar! ¡Vaya coincidencia!

JORGE.- ¿De qué pueblu?

Daniel.- De La Pola.

JORGE.- ¿De La Pola? ¿De qué Pola?

Daniel.- De Pola de Siero.

Jorge. - ¿¡De Pola de Siero!?

Daniel.- ¡De to la vida!

JORGE.- ¡Meca!

Daniel.- Mi padre *yera* de Aveno, un pueblu que ta cerca de *Sariegu* y mi madre de la zona de Colunga, de Pernús.

Jorge.- ¡No me digas!

Daniel afirma.

JORGE.- ¿No serás uno de los fíos de Román y Elena?

Daniel responde con su acento normal.

Daniel.- Uno de los dos, sí.

JORGE.- Pero entonces...

Pausa.

Daniel.- Dime.

JORGE.- Entonces no eres un brujo.

Daniel.- No mucho, no.

Jorge.- Tú eres...

Daniel. - Daniel.

Jorge.- Daniel.

Daniel.- Eso es, tu hermano.

JORGE.- ¿Mi hermano?

Daniel.- Gemelo.

JORGE.-; Anda!

Daniel asiente.

Daniel.- ¿Y el bocadillo?

JORGE.- Llevas una hora con él en el bolso.

DANIEL se toca el bolsillo y saca el de él un bocadillo envuelto en papel de plata.

Daniel.- ¡Ya decía yo que me pesaba mucho la chaqueta!

Pensaba que lo había metido en la mochila la última vez que bajé a estirar las piernas. ¡Hay que ver la cantidad de cosas que hacemos sin querer cuando estamos con el piloto automático!

JORGE.- ¿Yo también estaba con el piloto automático?

Daniel.- ¿Cuándo?

JORGE.- Cuando bajaste a estirar las piernas.

Daniel.- No lo sé. ¿Por?

JORGE.- Porque no lo recuerdo.

DANIEL.- De vez en cuando se te olvidan las cosas. Bueno, técnicamente, no es que se te olviden, es que tu cabeza no está ahí para vivirlo cuando esas cosas están pasando. Es como si estuvieras durmiendo. Así que, más tarde, yo te las cuento, pero a veces te despiertas muy rápido y no me da tiempo a explicarte lo que pasa, como ahora.

JORGE.- O sea que lo del secuestro no...

Daniel niega.

Jorge.- Ni lo del móvil.

Daniel.- Estará en el coche.

Jorge. - ¿Qué coche?

Daniel.- El tuyo. Bueno, ahora el nuestro.

JORGE.- ¿Hemos venido en coche?

Daniel.- No hemos venido, vamos en coche.

Jorge. - ¿Adónde?

Daniel.- A Asturias.

JORGE mira desubicado la habitación. Silencio durante unos segundos.

JORGE.- ¿Por qué haces esto?

Daniel.- Porque me lo has pedido tú.

JORGE.- No. (Tocándose la cara.) Esto. Recordarnos así.

Daniel.- ¿Cómo?

Jorge.- Jóvenes.

Daniel.- Bueno, tampoco tanto.

Jorge.- ¿Por qué?

DANIEL.- A veces hay que engañar a la cabeza para que no tire la toalla.

Jorge. - ¿Quieres engañarte?

Daniel.- Solo un poco. ¿Me ayudas?

JORGE. - ¿Yo?

DANIEL.- Claro. Necesito que me eches una mano, si no, no lo puedo conseguir.

Jorge.- ¿Qué tengo que hacer?

Daniel.- Seguir el viaje sin preguntas.

JORGE. - ¿Por qué?

Daniel.- Eso es una pregunta.

Silencio.

Daniel.- Será mejor que descanses. Duerme tú en la cama.

JORGE.- ¿Y tú?

DANIEL.- (*Apuntando a la butaca*.) Me siento ahí un poco y con eso me vale.

JORGE.- ¿Seguro?

Daniel asiente.

JORGE se tumba en la cama.

Daniel.- ¿Apago la luz?

JORGE.- ¡Todas no! Me da miedo.

Daniel.- ¿Quieres que deje la del baño?

JORGE.- Sí, esa. Perfecto. Gracias.

Silencio.

Daniel se sienta en la butaca.

DANIEL.- Buenas noches.

JORGE.- Buenas noches.

## **ESCENA 5: LAS DROGAS**

Daniel habla con el público sentado en la butaca.

DANIEL.- Dicen que los humanos nacemos y morimos solos, pero yo ni eso. Nacimos juntos y así llevamos casi toda la vida. Por eso nuestra relación solía basarse en el dolor. Él me provocaba dolor estando todo el día encima de mí y yo le provocaba dolor alejándome constantemente. Con una pareja puedes romper, pero con un gemelo... con un gemelo no

hay soledad que valga. Llega un momento en el que hablas de ti mismo en primera persona del plural. ¿Sabes lo que eso? No es "soy", es "somos". Y no es "estáis", es "estáis". Estáis invitados. O "¿Venís?" O "¿Queréis?" ¡Coño, que no somos siameses!

Amanece. JORGE se despierta.

DANIEL se levanta, mete en la mochila las pocas cosas que tiene y sale de la habitación. Poco a poco se va acercando al coche. Entra y conduce.

JORGE está sentado en el asiento del copiloto.

Jorge.- ¿Con quién hablas?

Daniel.- Con nadie.

JORGE.- ¿Cómo que no? Estás hablando en voz alta.

Daniel.- ¡Eso es otra cosa! Estoy hablando en voz alta, pero con nadie.

JORGE.- ¿Con nadie?

Daniel.- Bueno, conmigo mismo.

JORGE.- Ay, madre...

Daniel.- ¿Qué pasa?

Jorge.- Así empecé yo.

Daniel.- ¡Qué dices!

JORGE.- Que yo también hablaba solo.

Daniel.- Todo el mundo habla solo.

Jorge.- Ya, ya...

DANIEL.- Es verdad. (*Citando*.) "No solo somos los protagonistas de nuestra vida; también somos los narradores".

JORGE.- Muy bonito.

Daniel.- Gracias. Me lo dijiste tú.

Jorge.- ¿Yo?

Daniel afirma.

Jorge.- ¿Qué?

Daniel.- No he dicho nada.

JORGE.- No te oigo bien.

Empiezan a forzar la dicción para intentar que se les entienda.

Daniel.- ¡Que no he dicho nada!

Jorge.- Suenas como raro. Como lejos.

DANIEL.-Voy a echar gasolina. ¿Quieres algo?

JORGE niega.

Daniel sale del coche.

Jorge.- (A público.) Toda la vida he sido una persona que habla mucho consigo misma, pero cuando cumplí los cuarenta, llegaron los despistes tontos y diez años después, empezamos a darnos cuenta de que me estaba pasando algo. La neuróloga vio claros los síntomas desde el principio. La pérdida continua de las llaves, el no saber a dónde vas o dónde estás o quién eres... Tener un cerebro que no va bien es una pena, y ser consciente de ello, un dolor. Al principio, las recuperaciones de consciencia eran como flashazos. Estaba aquí, luego estaba aquí y después aquí, pero los espacios en blanco cada vez eran más grandes y un momento es de día y al segundo es de noche o no estás en el mismo sitio o llevas otra ropa y te has metido en la cama. ¡Qué sustos, por dios! ¡Y qué mareos! (A DANIEL.) Las primeras veces me reía un montón, porque te tomaba el pelo... Pero no me duró mucho la broma.

Daniel.- Depende de cómo se mire.

JORGE.- ¡Hombre! ¡Te podrás quejar! Que hay gente que se tira años con el Alzheimer.

Daniel.-Y años llevas tú.

JORGE. - ¿Ah, sí?

Daniel.- ¡Vaya!

JORGE.- ¿Llevo años?

Daniel afirma.

JORGE.- ¿Cuántos?

Daniel.- Quince.

JORGE. - ¿¡Quince!?

DANIEL.- Exactos, sí. Desde que te diagnosticaron, quince. Desde que me mudé contigo cuatro.

Jorge. - ¿Vivimos juntos?

Daniel afirma.

Jorge.- ¿En tu casa o en la mía?

Daniel.- En la tuya.

JORGE.- La tuya era más grande.

Daniel.- No quisiste venir.

Jorge.- También era más fea.

Daniel.- Pero en pleno centro. Acababan de abrirme debajo una cafetería nueva.

JORGE.- ¡Otra!

DANIEL.- Una con audiolibros para ir a leer mientras acaricias gatos.

JORGE.- Siempre he querido tener un gato.

Daniel.- ¡Pero si los odias!

JORGE.- Los odio, pero siempre he querido tener uno.

Daniel se aleja del coche.

Daniel.- (*A público*.) Desde que era muy pequeño, he querido alejarme de mi hermano. No sabría explicar por qué. Era como una especie de desafío a los dioses. (*A los dioses*.) ¡Vosotros me habéis puesto esto por cojones y yo quiero decidir por mí mismo! (*A público*.) Así que me metí en el mundo de las drogas. Bueno, no fue exactamente así, pero más o menos. Un día estábamos en una fiesta a la que nos habían invitado, a los dos, claro, y un chico sacó medio pollo de coca. O sea, un poco de cocaína. Se hizo unas rayas y nos dijo ¿queréis? En plural. Mi hermano dijo que no, tan prudente ella siempre, así que yo... Bueno, pues eso.Y podría hablar fatal del asunto y demás, pero a mí las drogas me dieron

justo lo que estaba buscando. Libertad de la buena. Desde ese día no era yo el que me alejaba de él. Era él el que se alejaba de mí. Y yo, pues... digamos que no lo evitaba. Luego se popularizó el chemsex1 y aquello ya fue mágico. ¡Qué años! ¡Qué fiestas! Y mi hermano nada. ¡Y yo feliz! Porque ese era mi mundo. ¡Mío! Todo el mundo dice:"; Tienes un gemelo? ¡Qué guay! Siempre he querido tener uno."¡Y una polla! No sabes lo que estás diciendo. Eso es como decir que quieres ser corresponsal de guerra porque trabajas en un H&M. ¡Claro que no quieres ser corresponsal de guerra! ¡No me jodas! Lo que te pasa es que eres una aburrida y necesitas un poco de mambo en el cuerpo, pero claro que no quieres ir a un sitio en el que se están matando a tiros para que tu familia te vea por la tele a más de seis mil kilómetros. ¿¡Quién querría eso!? No quieres que tu madre se muera de un susto cada vez que suena el teléfono y no quieres vestirte igual que otra persona todos los días de tu infancia. Te lo aseguro, no quieres. Yo no quiero o no quería. ¡Quería ser hijo único! ¡Quería vestirme como me diera la gana! ¡Quería estar solo! (Pausa.) Y mira, ahora que lo estoy... ya no sé lo que quiero.

DANIEL se queda de pie, en silencio, mirando al infinito.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup>Tipo particular de consumo sexualizado de sustancias.

## **ESCENA 6: LA ROTONDA**

JORGE sale del coche y se acerca a DANIEL.

JORGE.- Estoy intentando acordarme de quién nos contaba la anécdota aquella de que, de pequeños, nos encantaba que nos mojaran el chupete en miel. ¡Pero, es que no me viene a la cabeza! Tengo como un blanco total. ¿Era mamá o quién era?

Daniel no responde.

JORGE mira a DANIEL y al punto al que este está mirando en silencio sin entender bien qué es lo que pasa o a dónde mira.

Daniel.- Ahora es una rotonda.

Jorge. - ¿El qué?

Daniel.- ¿Te acuerdas de la casa del pueblo?

JORGE.- ¿Qué pueblo?

Daniel.- La Carrera.

JORGE.- ¡Claro!

Daniel.- ¿Y del jardín de atrás?

Jorge.- También.

DANIEL.- Pues ahora es una rotonda. Bueno, el jardín entero no, una parte. La casa llevaba tiempo en ruinas y, al ampliar la carretera de entrada a La Pola, se comieron un trozo.

JORGE.- ¿La casa llevaba tiempo en qué?

DANIEL.- La última vez que fui se le había caído el tejado. Los muros seguían en pie, pero el tejado había desaparecido. Se cayó para adentro. Lo más seguro es que se ablandara la madera de las vigas por culpa de la humedad y las tejas fueran demasiado peso.

JORGE. - Siempre me dio pena irnos de esa casa.

Daniel.- Ahora es mucho más útil. Una rotonda le va bien a todo el mundo.

JORGE.- Pero hemos nacido ahí. No me puedo creer que no te importe.

Daniel.- Nacimos en el hospital. Crecimos ahí.

JORGE.— ¡Mira, de esa casa me acuerdo perfectamente! Es como si todavía pudiera ver la forma de todo. Abajo la cocina y el salón y arriba la habitación de papá y mamá, un pasillo largo y estrecho con un escalón pequeñito justo en el medio y, al fondo, el baño a la derecha y nuestra habitación a la izquierda. Con una ventanita de cristal en la parte alta de la puerta por la que se colaba la luz por la noche para que no nos diera miedo. (*Pausa.*) ¿No te da pena?

Daniel.- No.

JORGE. - ¿No te trae recuerdos?

Daniel.- Sí, pero esos recuerdos no me dan pena.

JORGE.- ¿Y qué te dan entonces? ¿Alegría? Una casa con el tejado caído es una metáfora física. Un recordatorio vivo del paso del tiempo y del envejecimiento de nuestros cuerpos.

DANIEL.- Jorge, la casa no está viva. No lo ha estado nunca. Ni viva ni muerta. ¡Es una casa y decidimos irnos de ella!

Jorge.- Yo no decidí nada.

DANIEL.- Teníamos ocho años, me parece razonable que fueran papá y mamá los que tomaran esa decisión. Pero vamos, que nosotros salimos de Asturias tan pronto como pudimos.

JORGE. – No nos fuimos por gusto ni por amor al arte. Haciendo memoria, y eso que no me queda mucha, es bastante evidente que no fuimos a Suiza para buscar un futuro, sino para huir de un pasado.

DANIEL.- ¿Tanto daño te hicieron esos insultos?

JORGE.- Dices "esos insultos" como si hubiesen sido tres tardes sin importancia, pero fueron años, Daniel. ¿No te acuerdas? (*Pausa*.) A mí sí me da pena que destrocen aquello, porque es el único sitio de nuestra infancia que puedo recordar con

cariño. El único rincón que considero que fue seguro al cien por cien.

Daniel.- ¿La casa?

JORGE.-Y el jardín. Ya sé que no soportabas que nos pusieran la misma ropa, pero a mí me gustaba tanto que nos vistieran con la equipación del Sporting y nos dejaran allí toda la tarde jugando al fútbol. Que ya ves, jugando al fútbol tú y yo... pero mira, sí.

Daniel.- ¿Qué habrá sido de ella?

Jorge.-Yo, mi camiseta, todavía la tengo. Me la llevé a Suiza poco después de que papá se jubilara y, desde entonces, aparece cuando menos me lo espero, porque nunca me acuerdo de dónde la meto. Una vez la saqué del congelador dura como una piedra entre un revuelto de setas y una parrillada de verduras. Se conoce que la lavé y, en vez de guardarla en el armario, la metí ahí.

Daniel.- ¿No estaba la mía?

Jorge.- No, solo había una.

Daniel.- ¿Y cómo sabes que es tuya?

Jorge.- Porque la encontré yo y porque no puedes demostrar lo contrario.

Daniel afirma conforme.

JORGE.- Tengo ese jardín en la cabeza como si fuera el paraíso, te lo juro. Luego nos mudamos a La Pola y llegó el colegio y con él, eso de: "¡Culos a la pared!"

Daniel. - No te viene bien abrir ese melón.

JORGE.- Me da igual. No me van a hacer más daño del que ya me han hecho.

Daniel.- Algunos niños son unos cabrones. Déjalo así.

JORGE.- Algunos no, todos. Entre el que insulta y el que calla...

Daniel. - Son niños.

JORGE.- También lo éramos nosotros. (*Pausa.*) ¿Sabes lo que más me molesta? Que los defiendas.

Daniel.- No los defiendo ni lo más mínimo.

JORGE.- Los excusas. Son niños... ¡Y a mí qué si son niños! ¿Me duele a mí menos por el hecho de que fueran niños?

Daniel.- Tienes que pasar página. Llevas más de cincuenta años quejándote por lo mismo.

JORGE.- ¿Pero tú qué te crees? ¿Que no lo he intentado? ¿Que no he buscado la forma de no darle tantas vueltas a la

cabeza? (*Pausa*.) Lo único que me calma de vez en cuando es verbalizarlo. Decir en voz alta que nos destrozaron la infancia y que ojalá encontraran la misma paz que dejaron.

Daniel.- Te la destrozaron a ti, Jorge.

JORGE.- ¿A ti no?

Daniel.- No.

JORGE.- Pues no lo entiendo. ¿Por qué, si vivimos lo mismo, no se te funde el cerebro como se me funde a mí?

DANIEL.- (*Calmándole*.) Porque somos distintos. Somos iguales, pero somos distintos.

JORGE escucha un ruido extraño.

JORGE.- ¿Oyes eso?

Daniel.- ¿El qué?

Jorge. - Ese ruido. Lo oigo todo como lejos. Como si me hubieran metido en un búnker y estuviera solo y todo lo demás estuviese fuera.

DANIEL.- Serán tus acúfenos.

JORGE.- No, no es eso. No son pitidos. Es como si alguien hubiese encendido un efecto sonoro. Es constante.

Daniel.- A lo mejor tienes poca batería en los audífonos ¿Quieres que te los ponga a cargar?

JORGE afirma.

Daniel busca el cargador en la mochila.

JORGE.- Quiero volver a estar allí una última vez.

Daniel.- ¿En el jardín?

Jorge.- Quiero volver a casa.

Daniel.- Pues ahora es una rotonda.

#### **ESCENA 7: EL BULLYING**

Daniel vuelve al coche. Jorge se queda solo.

JORGE.- (A público.) Siempre nos hemos dedicado al arte, concretamente a la danza. Primero fue nuestro hobbie y después la profesión a la que hemos dedicado gran parte de nuestra carrera. El arte fue nuestra condena y nuestra salvación. Lo único que nos sacaba del dolor que nos provocaba el bullying, que a su vez era provocado por dedicarnos al arte. ¿Bailas? ¡Maricón! ¿Pintas? ¡Maricón! ¿Coses? ¡Maricón! ¡Maricón! ¡Maricón! De pequeño no eres capaz de ver el círculo vicioso en el que te estás metiendo.

Se supone que el que pega, lo hace porque tiene miedo a lo que no encaja con su forma de pensar. Iván Bustos y Juanjo Moro. Así se llamaban los dos niños de La Pola que más nos acosaban. Los cabecillas de sus respectivas bandas. A ver, no es que fuera mi pueblo la cuna del crimen organizado infantil, pero cuando tienes ocho años, la magnitud de los conflictos se adapta a tu estatura. Se supone que nosotros teníamos miedo de Iván Bustos y Juanjo Moro, porque Iván Bustos y Juanjo Moro nos tenían miedo a nosotros.

Cuando cumplimos dieciocho años nos mudamos a Suiza. Para mis padres era un lugar seguro, porque tenían amigos que vivían allí desde hacía mucho tiempo, y para nosotros la regla era sencilla, cuanto más lejos de Asturias, mejor. Mi madre pretendía que la cosa fuera temporal, pero después de acabar la carrera empezamos a encadenar trabajos en diferentes compañías y la estancia se volvió permanente.

JORGE vuelve al coche.

Cuando nos cansamos de los escenarios, seguimos trabajando alrededor del mundo del arte, pero desde otra perspectiva. Mi hermano como técnico en el Teatro Nacional y yo como profesor en la Universidad de Berna, donde impartí clases hasta que me diagnosticaron el Alzheimer. ¿Por qué os estoy hablando yo de esto? (Pausa.) ¡Ah, sí! Porque el arte contemporáneo a mí me ha salido siempre muy poco rentable. Siendo de un pueblo pequeñito del centro de Asturias, lo de mudarnos a Suiza para ser mocatrices fue

un poco arriesgado. ¿Sobrevivir? Sí, pero justitas, justitas. Yo quería irme lejos para olvidar a gusto. Ojalá me hubieran dicho que, por regla general, los problemas se mudan con uno y que sale más barata la terapia que la mudanza. Pero, oye, no me voy a quejar a estas alturas de la película. ¿He estado a gusto en Suiza? Sí. ¿He sido feliz? Meh... ¿Si volviera atrás en el tiempo me hubiera quedado en Asturias? Ni muerta. Así que aquí estamos, rodando de vuelta a casa, porque a mí los aviones no... a mí los aeropuertos nunca... No, conmigo no. ¡Imagínate que nos secuestran! Yo prefiero el tren cuando se puede y el coche cuando se necesita y, además, soy de pisarle. Era. Ya no me deja conducir... pero a este ritmo me muero antes de entrar en España.

## **ESCENA 8: LA VELOCIDAD**

Interior del coche. DANIEL al volante. JORGE de copiloto.

JORGE.- ¿Por qué vamos tan despacio?

DANIEL.- ¿Ya estamos con las preguntitas?

JORGE.- Pura curiosidad. ¿Es una cuestión técnica?

Daniel.- Sí, para que no te marees.

JORGE.- Te lo agradezco, pero estoy bien. Puedes ir mucho más rápido.

Daniel.- Es mejor que no malgastemos combustible. ¡A saber a cuántos kilómetros está la próxima gasolinera!

JORGE.- ¡Pero es que no vamos a llegar nunca!

Daniel.- Creía que estabas a gusto.

JORGE.- Estoy bien, pero no tengo tiempo que perder, qué quieres que te diga...

Daniel.- ¿Estás perdiendo el tiempo aquí conmigo?

JORGE.- Si vas a sesenta cuando podemos ir a ciento veinte estoy perdiendo la mitad del tiempo, sí. Lo estamos perdiendo los dos.

DANIEL.- ¿Y para qué lo quieres? En el pueblo ya no queda nadie. Quiero decir que, si lo haces por despedirte, puedes estar tranquilo.

Jorge. - ¿Estás seguro?

Daniel.- Llevamos más de diez años sin volver. Fijo que se han ido todos.

JORGE.- No lo sabes.

DANIEL.- Tú tampoco y quieres pensar que hay alguien que, por alguna extraña razón que desconozco, sigue viviendo allí. ¿No?

JORGE.- Puede ser, sí.

Daniel.- Pues yo pienso lo contrario.

Jorge.- Quieres pensarlo.

Daniel.- Jorge, ni tú ni yo sabemos qué ha podido pasar con la gente del pueblo. ¿No puedes aceptar que pensemos de forma distinta?

Jorge.- Prefiero el optimismo.

Daniel.- Una cosa es el optimismo y otra muy diferente es lo tuyo. Quieres ir a toda velocidad a un pueblo, seguramente vacío, para encontrarte ¿sabes con qué? Con nada. Con nadie. Bueno, sí, con un ostión emocional de los tuyos.

JORGE.- ¿Qué es lo que te molesta? ¿La velocidad a la que quiero llegar o que no haya perdido la ilusión por los detalles casi imperceptibles, pero muy significantes?

DANIEL mira a JORGE a los ojos, en silencio, durante algunos segundos.

Daniel.- ¿No te cansas?

Jorge.- No es que quiera llegar por la gente. Lo de la gente es como un valor añadido que me hace ilusión, porque la opción de verlos en otro momento ya no está dentro de mi abanico de posibilidades, Daniel. Es esta vez o ya nunca.

DANIEL.- Muy bien, chico, ¿pero no sería más lógico pasar el tiempo que te queda con la gente de Berna? Tus compañeros de la universidad, tus amigos...

Jorge. - ¿Qué amigos?

DANIEL.- La vida de Asturias fue la que nos tocó, la de Suiza fue la que elegimos.

Jorge. - Es importante decir adiós.

Daniel.- Lo dijimos cuando murieron papá y mamá.

JORGE.- Sí, bueno, pero no era un adiós, adiós. Era un adiós, hasta la próxima, ¿no?

DANIEL.- No sé, Jorge. Yo cuando digo adiós significa lo que significa, si tú cuando dices una cosa significa otra, pues ¿qué quieres que te diga?

JORGE.- Pensar, decir y hacer son tres conceptos que no siempre van en la misma línea. ¡Y si no mírate! Dices que me llevas a Asturias porque quieres que volvamos a Suiza.

Daniel.- Te llevo porque me lo has pedido.

Jorge.- Me llevas porque estoy enfermo.

Silencio largo.

Daniel.- Siempre creí que ibas a ser tú el que se comiera el marrón de enterrar al otro.

JORGE.-Y yo, la verdad. Toda la vida pidiéndote que te cuidaras más y te drogaras menos y mira.

Daniel. - Alzheimer.

JORGE.- No me mata el Alzheimer, me mata una neumonía.

Daniel.- Neumonía que te provoca el Alzheimer.

JORGE.- No es verdad. El Alzheimer no provoca neumonía, aumenta el riesgo de tenerla.

Daniel.- ¿Hasta por estos detalles tenemos que discutir?

JORGE.- Es que no es lo mismo.

Daniel respira profundamente tratando de calmarse.

Silencio.

JORGE.- ¿Por qué vamos tan despacio?

Daniel.- ¿Por qué tienes que saberlo todo?

JORGE.- Porque me impaciento, porque me interesa... ¡Por muchas razones!

Daniel.-Voy al máximo que me permite la carretera.

Jorge.- ¿En serio? ¡Qué horror!

Daniel.- Si quieres me salto las curvas y ahorramos metros.

JORGE.- ¿Se puede?

Daniel.-;No!

JORGE.- ¿Hacía falta subir la montaña?

Daniel.- Me pareció más bonito.

JORGE.- Tú, con tal de no pagar un peaje, hija mía...

DANIEL.- No fue por eso.

Jorge.-Ya...

Silencio breve.

JORGE.- ¿Por qué vamos tan despacio?

Daniel.- Jorge, por favor.

JORGE.- ¡Es que no lo entiendo!

Daniel.- Porque está empezando a llover.

## SERGIO TOYOS

JORGE. - ¡Con más razón! ¿No tendría más lógica acelerar ahora para que no nos pille la tormenta en el coche?

DANIEL.- ¡Pues mira, no! Técnicamente, este es el momento más peligroso, porque el agua de la lluvia se mezcla con la grasa de la carretera y resbala muchísimo.

JORGE.- Nunca en la vida he visto yo coches resbalar con la lluvia.

Daniel.- No es con la lluvia, es cuando empieza a llover.

JORGE.- Esto no es llover, esto es orbayar.

Daniel.- Si conduzco yo, decido yo.

Jorge.- Pues déjame conducir a mí.

Daniel.- ¡Sí, hombre, claro! Si no distingues el presente del pasado, ¿cómo vas a distinguir el acelerador del freno?

JORGE.- ¡Ya verás cómo los distingo! ¡Déjame!

Daniel.- ¡Que no! ¡Que no estás en condiciones!

JORGE.- Igual el que no está en condiciones eres tú.

Daniel.- ¡Vaya por dios! ¿Por qué no voy a estarlo?

JORGE.- A lo mejor te has tomado algo y no me lo has dicho.

## DESPACIO -VENTAJAS DE LA VELOCIDAD MÍNIMA

Daniel.- ¿Ah, sí? ¿Algo como qué, a ver?

JORGE.- Mefe<sup>2</sup> o G.<sup>3</sup> Ya no me acuerdo cuál de las dos tomas.

Daniel.- Ambas y tomaba.

JORGE. - ¿Tomabas?

Daniel.- Sí, tomaba. Hace años que no me coloco, Jorge.

JORGE.- Lo dices como si me lo echaras en cara.

Daniel.- ¡Es que lo estoy haciendo!

JORGE.- ¡Oye, pues por mí no te cortes, eh! Saca lo que tengas y a ver si doblas<sup>4</sup> aquí mismo...

Daniel.- ¡Que no tengo nada!

JORGE. - (Continuando con su réplica anterior.) ¡No será porque no haya intentado protegerte!

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup>Mefedrona: droga estimulante que aumenta la sensación de euforia, la empatía y el deseo sexual. Produce insomnio, pérdida de apetito y un estado de exaltación de las funciones mentales.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> GHB/GBL: droga depresora que retrasa o ralentiza la actividad del sistema nervioso central.

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup>La intoxicación por GHB, conocida como doblar, se caracteriza por la disminución del nivel de conciencia (sueño), que puede llegar hasta el coma profundo e incluso ser letal.

Daniel.- Di mejor criticarme.

JORGE.- Pero ¿sabes qué? Que las drogas te van a destrozar la vida. ¡Acuérdate de lo que te digo!

Daniel.- Pues la que se ha vuelto loca eres tú.

#### ESCENA 9: LA CONSCIENCIA

JORGE y DANIEL bajan del coche y hablan a público.

Daniel.- A mi abuela materna le costó trabajo morirse.

- JORGE.- (*Imitando a su abuela materna*.) ¡Qué largo se me está haciendo!
- DANIEL.- Eso le dijo un día a mi madre después de estar varios años con una artrosis galopante que la incapacitaba por completo, pero sin faltarle ni una pizca de memoria.
- JORGE.- ¡Vamos, lo contrario que a mí! Que la cabeza fatal, (Señalándose el cuerpo.) pero... (Se ríe.)
- DANIEL.- Casi todos nacemos de una forma parecida, por lo menos en occidente. Hospital, respiración profunda y dilatación o cesárea. Puede haber algún caso raro de romper aguas en un ascensor o en la cima de una montaña, pero, por regla general, todos los nacimientos se parecen bastante.

Ahora, las muertes... Lo de las muertes es otra historia. Hay enfermedades crónicas, estados vegetativos, complicaciones en operaciones rutinarias, suicidios, atentados terroristas...

JORGE. - Sobredosis...

Daniel.- Asesinatos machistas, accidentes de tráfico, ajustes de cuentas, y una larguísima lista de posibilidades de cómo...

Daniel se queda en blanco.

JORGE.- De cómo conocer a Caronte.

Daniel afirma.

DANIEL.- Y luego están esas situaciones durísimas en las que el cuerpo del enfermo sigue vivo, pero la persona, técnicamente, desaparece.

JORGE. - Al principio, mi hermano le preguntaba a la neuróloga...

Daniel.- (*A la neuróloga*.) ¿Son aburridos los momentos esos en los que se va?

JORGE.- Y ella le decía que no tenían por qué, pero que la percepción variaba en cada caso.

DANIEL.- (*A la neuróloga*.) Se queda a veces como muy serio. Con la cara neutra y sin expresión ninguna. ¿Está triste?

Jorge.- Lo triste, para mí, no es la pérdida de consciencia, es la recuperación. Es la consciencia en sí. La mía, porque veo que voy perdiendo cada vez más facultades y todo se escapa de mi control. (*Haciendo referencia a sus necesidades.*) Y cuando digo todo, es todo. Y la de Daniel, porque cuanto más ausente estoy yo, más presente tiene que estar él. Y me ve así, como él dice, con la cara neutra y sin expresión ninguna, y el que se pone triste no soy yo. Y si me pongo no me doy cuenta. Y si me doy cuenta, se me olvida.

# ESCENA 10: LA CAJA

En algún área de servicio. El coche parado al fondo.

Daniel.- ¿Qué hay en la caja?

JORGE.- ¿Qué caja?

DANIEL.- La del maletero. ¿Es por la caja por lo que quieres volver?

JORGE.- No sé de qué me estás hablando.

Daniel.- Jorge, la caja, coño. La caja azul.

JORGE. - ¿¡Pero qué dices!? ¿¡Qué caja!?

Daniel.- Ay, mira, déjalo.

# DESPACIO -VENTAJAS DE LA VELOCIDAD MÍNIMA

JORGE.- No, déjalo no. (Imitándole.) ¡La caja! ¡La caja!

Daniel.- Eso digo yo, la caja.

JORGE.- ¿Qué caja?

Daniel.- La caja azul del maletero.

Jorge.- No hay ninguna caja.

Daniel.- Claro que la hay.

JORGE.-Yo no la he visto.

Daniel.- ¿Que no la has visto?

JORGE.- No.

Daniel.- ¿Te la traigo?

Jorge.- ¿El qué?

Daniel.- La caja.

JORGE.- ¿¡Pero qué caja, señor!? No hay ninguna caja.

Daniel.- Sí que la hay.

Jorge.- No hay caja.

Daniel.- ¿No hay caja?

JORGE.- No.

Daniel.- O sea, que estoy loca.

JORGE.- Lo pareces.

Daniel.- No sé por qué.

JORGE.- Hombre, me imagino que por las drogas.

Daniel.- ¿¡Qué drogas!?

Jorge.- Da igual.

Daniel.- Es que no sé a qué viene ahora lo de las drogas.

Jorge.- Recuerdos de otra vida.

Daniel.- Muy lejana esa vida.

Jorge.- ¿Seguro?

Daniel.- Bueno, ¿tú eres tonto?

JORGE.- Solo he hecho una pregunta.

Daniel.- (Confirmando su propia pregunta.) Eres tonto.

Silencio.

Daniel.- ¿Llevas drogas en la caja?

Jorge.- ¡Qué dices!

DANIEL.- ¿Estoy conduciendo por media Europa con una caja llena de drogas? ¿De dónde las has sacado? ¿Tienes algo fuerte? ¿Ketamina?

JORGE.- ¡Que no, pesado! No hay Ketamina, no hay drogas y no hay caja.

DANIEL saca una caja azul con una nota cerrada pegada en un lateral.

Daniel.- ¿Y esto qué es?

Silencio.

Jorge.- No sé. ¿Qué es?

Daniel.- Jorge...

JORGE.- ¿Es la caja?

Daniel.- No puedo contigo...

JORGE.- ¿Es la caja que dices?

Daniel.- Eres muy fuerte.

JORGE.- No he visto esa caja en mi vida.

Daniel.- ¿Pero cómo puedes negar algo que es evidente? Que es material. ¡Que está aquí!

Jorge.-Vamos a ver, esa caja no es mía.

Daniel.- ¿No es tuya?

JORGE.- No.

Daniel.- ¿Entonces de quién es?

JORGE.- ¡Y yo qué sé!

DANIEL bate la caja.

JORGE. - ¿¡Qué haces!? ¿Y si es una bomba?

Los dos se quedan completamente inmóviles.

Daniel.- ¡Pero cómo va a ser una bomba!

JORGE.- Tú dices que no es tuya y yo no la he visto en mi vida, pero la caja existe, eso es evidente, así que a ver si en alguno de los hostales nos han pillado pagando la mitad y han pensado: "¿Ah, sí? Pues el que ríe el último, ríe mejor."

Daniel.- Imposible.

JORGE.- ¡No, imposible no, Daniel! ¡Poco probable si quieres, pero imposible no es! Y mira que te lo tengo dicho, que cualquier día nos va a salir cara la broma, pero tú nada. ¡Como si la gente fuera tonta! ¡Como si no hubieran visto a unos gemelos en su vida!

Daniel examina la caja en silencio.

Jorge.- ¿Qué pone en la nota?

Daniel.- ¡Y yo qué sé!

Jorge.- Léela.

Daniel.- ¡Léela tú que eres el que lo quiere saber!

Jorge.- Dámela.

Daniel le acerca la caja, pero en el último momento no se la da.

Daniel.- ¡Espera! ¿Crees que dirá algo bueno o algo malo?

JORGE.- Algo malo.

DANIEL.- ¿Por qué iban a escribir algo malo en una nota?

JORGE.- ¡Uy, por muchas razones! Porque suena más fuerte,

porque no hay que dar la cara, porque queda más bonito...

Daniel.- (Dándole la caja.) Toma.

JORGE. - ¿Seguro?

DANIEL afirma.

JORGE coge la caja. Despega la nota y la abre.

JORGE.- (Leyendo.) Ábrela cuando llegue el momento.

Daniel.- ¿Qué momento?

JORGE.- No lo sé. (Extendiendo la caja para devolvérsela.) ¿Por qué no la abres y salimos de dudas?

Daniel no la coge.

DANIEL.- A lo mejor es para ti. Dice "ábrela", pero no dice quién.

JORGE.- ¡No voy a ser yo si esta es mi letra!

Daniel.- ¿¡Qué!?

JORGE.- (Enseñando la nota.) Mira.

DANIEL.- Jorge, si esa es tu letra, será porque la nota la has escrito tú.

JORGE.- Es lo más probable.

Daniel.-Y si la nota la has escrito tú, será porque la caja es tuya.

Jorge.- No tiene por qué.

DANIEL.- ¡No tendrá por qué, pero es lo más lógico!

JORGE.- La lógica no es la única respuesta posible.

DANIEL.- ¡No seas cabezón! Es evidente que la caja es tuya. Has escrito la nota, la has pegado en la caja y luego la has dejado en el maletero. ¿Sí o no?

JORGE.- Supongo.

Daniel.- ¿Sí o no?

JORGE.- ¡Iría con el piloto automático!

Daniel.- ¿Sí o no?

JORGE.- (Encogiéndose de hombros.) Sí.

Daniel.- Gracias.

Daniel coge la caja en silencio.

JORGE.- ¿La vas a abrir?

Daniel.- No.

JORGE.- ¿Por qué?

Daniel.- Porque todavía no ha llegado el momento.

JORGE.- ¿Cómo lo sabes?

Daniel.- Estamos en mitad de una carretera perdida. Este no es ningún momento. Supongo que te referirías a un momento, momento. ¿No? A un momento especial.

JORGE.- No lo sé.

Silencio breve.

Daniel.- Sabía que era tuya.

Jorge.- ¿El qué?

Daniel.- La caja.

Jorge.- ¿Qué caja?

Daniel mira fijamente a Jorge.

JORGE.- Es broma.

JORGE vuelve al coche.

#### **ESCENA 11: EL CANCANEO**

Daniel habla con el público desde el área de servicio.

Daniel.- Llevamos más de tres mil kilómetros de viaje por carreteras secundarias ¡y no porque nos hayamos perdido! Sino porque paras en un sitio, preguntas qué hay de interesante por la zona, te recomiendan el pueblo de al lado, te acercas, comes, te da el sueño, paras a echar una siesta, se te hace tarde, buscas un hostal para cenar y, ya que estás, aprovechas la oferta de cena y habitación para no dormir en el coche. Los primeros días no me importaba quedarme aquí para que él descansara en la cama, pero la segunda semana se me empezó a hacer cuesta arriba y se me ocurrió aprovechar la "gemelitud" para hacernos un dos por uno. A él no le entusiasmaba la idea, pero siempre acababa cediendo con tal de no quedarse solo.

Convivir tanto tiempo con esta enfermedad es bastante jodido, para el enfermo sobre todo, claro, pero también para el que lo cuida. Yo intento hablar con él para ver si algo de lo que le digo le hace recuperar la consciencia, pero no siempre funciona. A veces está mucho tiempo callado, mirando por la ventana, y entretenerme con la radio no siempre apetece. Una vez paramos en un área de servicio para descansar un rato. Yo llevaba toda la tarde aburrido. Vi que había algo de cancaneo<sup>5</sup> entre los camioneros y pensé en acercarme.

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup>Práctica sexual también conocida como *cruising*, que consiste en tener sexo en lugares públicos.

Necesitaba despejar la cabeza y entretenerme un rato con algún desconocido. Jorge estaba durmiendo y hacía mucho frío, así que lo tapé con una manta y salí del coche sin que se diera cuenta.

Me di una vuelta entre los camiones. Había seis hombres en círculo echándose un cigarro. Me acerqué a ellos y me ofrecieron uno. No lo cogí, porque si fumo me apetece una cerveza y si me tomo una cerveza se me hace la boca agua pensando en añadirle al plan un poquito de magia. Ninguno de los camioneros me hacía especial ilusión, pero digamos que empezaron a ponerse tiernos y no quise perder la oportunidad de descargar.

DANIEL se acerca al coche.

Empezaba a oscurecer, así que, en cuanto terminé, volví al coche. Jorge estaba igual que lo dejé. Mejor, así no tendría que dar explicaciones. Arranqué el motor, volví a la carretera y conduje un buen rato antes de que se despertara.

# ESCENA 12: LA CABAÑA

Interior del coche. Conduciendo por una carretera secundaria con muchas curvas. Última hora de la tarde.

Jorge. - ¿Dónde estamos?

Daniel.- Me prometiste que no harías más preguntas.

JORGE.- Porque me dijiste que llegaríamos a media tarde, pero mira, se ve que ninguno de los dos piensa cumplir el trato.

DANIEL.- Perdimos la cobertura hace un par de horas. Justo después de pasar el último pueblo. Desde entonces no se coge ninguna emisora.

Jorge.- ¿Cómo se llamaba?

Daniel.- ¿El qué?

Jorge.- El pueblo.

Daniel.- No lo miré. ¿Por?

JORGE.- Por saber dónde estamos.

DANIEL.- De camino.

JORGE.- Esa no es una respuesta.

DANIEL.- Querías que te llevara a Asturias y te estoy llevando a Asturias. Querías ir en coche y estamos yendo en coche. ¿Por qué no te relajas un poco y disfrutas del paisaje?

JORGE.- Porque cada vez hay menos luz y me estoy empezando a poner nervioso. ¿¡Dónde vamos a pasar la noche!?

Daniel.- Tranquilízate.

JORGE.- No me digas que nos vamos a quedar aquí dentro, que me sugestiono enseguida.

Daniel.- ¡Te has pasado medio viaje durmiendo! ¿Qué diferencia hay?

JORGE. - ¡Mucha! Aquí nos puede pasar cualquier cosa. ¡Imagínate que nos secuestran!

Daniel.- ¡Qué obsesión con los secuestros! ¡Sabía que no era una buena idea ponerte los true crime de Netflix!

JORGE se encoge de hombros.

Daniel.- ¡Mira! Ahí hay una cabaña.

JORGE.- ¡Qué haces! ¿Por qué paras? ¿Pero tú estás loca?

Daniel.- ¿No querías un sitio donde pasar la noche? Pues ahí lo tienes.

Jorge.- ¡Pero ese sitio da miedo!

DANIEL.- Hay muchas cosas que dan miedo. Pero no podemos esperar hasta que se te pase.

Jorge.- Arranca, por favor.

Daniel.- Jorge, compórtate como el adulto que eres.

JORGE.- No quiero.

Daniel.- Abre la puerta.

Jorge.- No.

Daniel.- Bájate del coche ahora mismo.

JORGE.- ¡He dicho que no! Yo de aquí no me muevo.

Daniel.- Muy bien. Pues te quedas solo.

Daniel sale del coche.

JORGE.- No serás capaz.

DANIEL.- Claro que lo soy, ¿no lo ves?

Jorge.- Daniel.

Daniel.- Me estoy bajando.

JORGE.- No hagas eso.

Daniel.-Voy a cerrar el coche...

Jorge.- Vuelve aquí ahora mismo.

Daniel.-Y te vas a quedar a oscuras.

JORGE.- ¡No! ¡A oscuras no! ¡Daniel!

#### ESCENA 13: LA PARCA

JORGE, a solas, dentro del coche.

JORGE.- (A público.) No sé si es el pánico de verme encerrado o el estar solo en la oscuridad, pero no puedo moverme y eso me agobia muchísimo. Intento respirar profundamente, pero no soy capaz. Me esfuerzo por notar el aire entrando y saliendo de mi cuerpo, pero no hay manera, ¡no lo noto! Y me pongo más y más nervioso. Pienso en otras formas de relajarme. Busco en mi cuerpo. El peso de mi cuerpo. Sí, eso puedo notarlo. El cuerpo me pesa. El cinturón de seguridad me aprieta y tengo mucho calor, pero también frío y una mosca que vuela por todo el coche no me dejan en paz. Intento mover el brazo para espantarla, pero no puedo. Mi brazo está dormido. Está duro. Y me agobio más. Me entran unas ganas de llorar terribles y muchísimo miedo. Llamo a mi hermano. Está fuera. Debe estar muy lejos, porque no lo oigo, no lo veo. (Gritando.) ¡Daniel! Me hubiera encantado hacer eso. Gritar. Llamarlo para que venga. Para que abra el coche de una vez y me deje salir. Pero no puedo. Estoy completamente paralizado. Tengo algo delante de los ojos. Algo que me cubre la cara y que me llega hasta los pies. Una

manta. ¿Me ha tapado con una manta y me ha dejado aquí?

Daniel entra en el coche.

Daniel.- Nada, ni caso. O no hay nadie o ya están durmiendo.

JORGE.-; Daniel, ayúdame! No puedo moverme y no veo nada.

DANIEL.- Tienen una luz encendida, pero he picado varias veces y no han abierto la puerta.

JORGE.- ¿Pero tú me estás escuchando? ¡Te estoy diciendo que no me puedo mover! ¿Por qué me pesa tanto el brazo?

DANIEL.- Relájate un poco y no empieces a hacerte preguntas, que nos conocemos.

Jorge. - ¿Qué me pasa, Daniel?

Daniel.- Esa es una pregunta.

JORGE.- Es que no me noto ni el corazón en el pecho. Así que tú me dirás, porque si no puedo moverme, no puedo respirar y no me late el corazón...

JORGE se sorprende con lo que acaba de descubrir.

JORGE.- Ay, madre mía. Ay, Madre mía, Daniel, que creo que me he muerto.

Daniel no responde.

JORGE.- En serio te lo digo. Creo que me he muerto, Daniel. Bueno, no; no lo creo. Me he muerto seguro vamos...

Daniel.-Ya, ya lo sé.

Jorge.- ¿Cómo que ya lo sabes?

DANIEL.- Que sí, que ya sé que te has muerto, ya me he dado cuenta. Por eso no quería que hicieras preguntas. Para que pudiéramos seguir con el viaje como si nada.

Jorge.- ¿Como si nada?

DANIEL.- En la ignorancia se vive estupendamente. Sin preguntas no hay respuestas y es mucho más fácil seguir adelante.

JORGE.- ¿Qué preguntas he hecho yo?

DANIEL.- Muchas. ¿Por qué tenemos esta cara? ¿Por qué vamos tan despacio? ¿Por qué no me late el corazón? Pues claro, al final te has dado cuenta.

Jorge.- ¡Cómo no iba a darme cuenta de que estoy muerto! Daniel, es que tienes unas cosas...

Daniel.- No te habías dado cuenta hasta ahora y llevamos un buen rato.

Jorge.- ¿Cuánto?

Daniel.- ¡Que no hagas preguntas! ¿¡Qué más da!?

Silencio largo.

JORGE. - ¿Me has puesto una manta en la cabeza?

Daniel.-Y venga erre que erre...

JORGE.- ¿Llevo todo el viaje tapado con una manta?

DANIEL.- No. Al principio no te puse nada, pero luego ya me empezó a impresionar la imagen, así que sí. Te tapé con la manta, te puse el cinturón y empecé a imaginarte vivo. Me resulta bastante más sencillo.

Jorge.- ¿Más sencillo que qué?

Daniel.- Que verte muerto.

JORGE.- Yo flipo...

Daniel.- Pues no flipes tanto.

JORGE.- Pues sí que flipo, sí. ¡Flipo! ¡Estoy flipando!

Daniel.-Yo sí que estoy flipando.

JORGE.- No, yo estoy flipando más. Estoy flipando con lo que

estás flipando. ¿Pero esto qué es? ¿Qué es este cuento que te tienes *montao*? Mira, voy a relajarme, porque no me quiero enfadar.

Daniel.- El que no se quiere enfadar soy yo.

JORGE.- ¿Tú?

Daniel.- ¡Sí, yo! ¡Cómo no me voy a enfadar si me pides que te lleve a Asturias y te mueres a mitad de camino!

Jorge.- Encima no me grites.

Daniel.- Es que me pones de los nervios.

Pausa.

JORGE.- ¿Te has vuelto a drogar?

Daniel.- No.

JORGE.- A lo mejor has tenido una recaída con el disgusto...

Daniel.- ¡Que no, cansino!

Jorge.-Ya sería el colmo. Me muero y, en vez de convertirme en un espíritu, me convierto en una flipada de las tuyas.

DANIEL.- ¿Qué flipada? Si yo nunca he tomado drogas alucinógenas.

JORGE.- No, tú solo tomabas agua.

Daniel trata de contener un grito nervioso.

Daniel.- Me sacas de quicio, que lo sepas.

JORGE.- ¡Tú sí que me sacas de quicio, que ni muerta me dejas en paz!

Daniel.- Cállate que viene gente.

JORGE.- ¿Pero cómo quieres que me calle?

DANIEL.- (A la vez que JORGE.) Cállate, Jorge, la boca un poco y disimula. Que ya era lo que me faltaba, que se dieran cuenta de que llevo a mi hermano muerto de copiloto.

JORGE.- (A la vez que DANIEL.) ¿Qué es lo que tengo que callar si, por lo visto, ni siquiera estoy hablando?

Daniel.- (Disimulando.) ¡Buenas noches!

Silencio.

Jorge.- Alucino contigo.

Daniel.- ¿Qué quieres?

Jorge.- No, ¿qué quieres tú?

Daniel.- Llevarte a Asturias.

Jorge. - ¿Ahora para qué? ¡Si ya me he muerto!

Daniel.- Con más razón.

JORGE. - ¿Me vas a enterrar allí?

Daniel.- ¿Qué?

JORGE.- ¿Para eso me llevas? ¿Para enterrarme en Asturias?

Daniel.- No lo había pensado.

JORGE.- ¡Ay, dios mío! ¡Que me va a enterrar en la rotonda nueva!

Daniel.-; Que no!

JORGE.- ¿¡Entonces, explícame, qué estás haciendo!?

DANIEL.- ¡No lo sé, Jorge! No lo sé. No he decidido todavía qué es lo que voy a hacer contigo y no lo quiero pensar ahora, ¿vale? Quiero seguir con el viaje. Mientras haya carretera vamos a conducir y no hay más preguntas por favor te lo pido.

JORGE. - ¿Por qué?

Daniel.- Porque no. (Pausa.) Porque no.

### **ESCENA 14: LA DIFERENCIA**

A público.

Daniel.- Mi hermano siempre ha sido una persona... de la que es difícil estar cerca. Una persona intensa. Obsesiva más bien. Muy perfeccionista, puntual, workaholic máximo... Todo lo contrario que yo. ¡Y eso que partimos del mismo punto! Del mismo jardín y de los mismos acosadores, Iván Bustos y Juanjo Moro, pero la vida nos ha llevado por caminos muy diferentes. Nunca hemos sabido tener amistades a largo plazo. Esa es una de las grandes maldiciones de los gemelos. También nos ha costado mucho tener pareja. Esa podría ser otra. Juntos y solos. Siempre juntos y solos. (Pausa.) Cuidar de él desde que perdió del todo la independencia ha sido rarísimo, porque era como verme a mí mismo desde fuera cada vez más frágil y más pequeño. (Pausa.) Yo ya no me acuerdo de la cara de mi madre. Me acuerdo de sus fotos, pero no de verla en persona. (Pasando la mano por delante de la cara.) Es como si hubiera una mancha borrosa justo encima de esa zona, pero eso, con mi hermano, no me puede pasar. Me voy a acordar de él cada vez que me mire al espejo. De sus ojos, de su nariz, de su boca... porque es la misma que la mía. (Pausa.) Llevaba tiempo viéndolo venir, pero ahora que ha pasado estoy mucho más jodido de lo que me imaginaba. Estoy en un punto en el que no sé cómo sentirme. He tenido que parar mi vida por completo para estar con él, para cuidarlo. Y ahora estoy como si me hubieran despedido de forma improcedente, pero sin paro y sin indemnización.

(Pausa.) ¿Qué hago yo ahora? ¿Qué hago? Porque a mí lo único que se me ocurre es conducir.

### **ESCENA 15: LA SINCERIDAD**

Interior del coche.

JORGE.- ¿Lloras?

Daniel.- No. ¿Tú?

JORGE.- No. Lloré en su momento, pero me cansé.

Daniel.-Ya.

JORGE.- Llorar agota.

Daniel.-Y deshidrata también.

Jorge.- ¡Mucho!

Daniel.- ¡Hacía tanto tiempo que no hablaba así contigo!

Jorge. - ¿Así cómo?

Daniel.- De seguido. Sin repetir las palabras diez veces. Sin volver a empezar...

Silencio.

JORGE.- ¿Qué vas a hacer con mis cosas?

DANIEL.- Guardaré las que me hagan más ilusión y el resto lo tiraré.

JORGE.- Qué pena. Podrías regalar todo lo que tengo en las estanterías.

Daniel.- ¿A quién? Ya nadie quiere libros de papel.

JORGE.- ¿Y mi casa?

Daniel.- La venderé, supongo.

JORGE.- ¿Y el coche? ¿Qué hiciste con él?

Daniel.- ¿Qué coche? ¿El tuyo?

JORGE afirma.

Daniel.- Es este.

JORGE. - ¿¡Este!?

Daniel.- Este.

Jorge. - ¿Estás seguro?

Daniel.- Bastante.

JORGE.- Lo recordaba más grande. (Pausa.) ¡Y rojo!

Daniel.- ¿Un coche rojo, tú? No te pega.

JORGE.- ¿Cómo que no? Siempre ha sido mi color preferido.

DANIEL.- De eso nada. Tu color preferido era el azul.

JORGE.- ¿El azul?

Daniel.- El azul.

JORGE.- ¿Y el tuyo?

Daniel.- Dímelo tú.

JORGE.- ¿Yo?

Pausa.

Daniel.-Ya no tienes Alzheimer, Jorge.

Jorge.- ¿No?

Daniel.- No.

JORGE.- ¿Y eso? ¿Me he curado?

Daniel.- No.

Silencio.

JORGE.- El verde.

Daniel.- Sí, el verde.

Pausa.

Jorge.- Lo estás llevando muy bien.

Daniel.- ¿Y tú qué sabes? A lo mejor por dentro estoy hecho una mierda.

Jorge.- El tiempo lo cura todo.

Daniel.- Ya, pero ¿puede el tiempo quitarme aunque sea un poquito el dolor que noto ahora? No, ¿verdad?

Jorge.- Era lo mejor para mí.

Daniel.- Puede ser, pero para mí no.

JORGE.- Estaba listo para irme.

Daniel.- Pero yo no estaba listo para que te fueras.

JORGE.- Esto no puede durar para siempre.

DANIEL.- ¡Durará lo que tenga que durar! Es la situación más difícil por la que he pasado hasta ahora, así que necesito tiempo y no me preguntes cuánto, porque no tengo ni idea.

Jorge. - Sé cómo te sientes.

Daniel.- No, por supuesto que no lo sabes. Es imposible que hayas vivido exactamente lo mismo que yo.Y sí, es imposible. No es poco probable. Es imposible, porque al único al que se le ha muerto su hermano gemelo es a mí. A ti no. A mí. Y no hay nada que puedas hacer para solucionarlo. Salvo resucitar, pero lo veo poco probable. Nunca vas a volver a Asturias, nunca voy a llegar a tiempo y ahora no quiero que este viaje termine, porque terminarlo significa separarme definitivamente de ti y todavía no estoy preparado para ello. Cada día me pregunto si será hora de parar, pero no hay ninguna respuesta. Así que, a falta de confirmación, sigo conduciendo. ¡Y así estamos! Otra curva, otro kilómetro, otro hostal, otro país... Ya llevamos unos cuantos.

JORGE. - ¿Hostales?

Daniel.- Países.

Jorge. - ¿¡Países!? ¿Cuántos, dos?

Daniel.- Alguno más.

JORGE.- ¿Más? No puede ser.

## DESPACIO -VENTAJAS DE LA VELOCIDAD MÍNIMA

Daniel.- Sí, sí. Sí puede ser.

JORGE.- ¿Cuántos?

DANIEL.- Depende de cómo hagas la cuenta.

JORGE.- Uno, dos, tres...

Daniel.- Ya, pero si sales y vuelves a entrar en un país ¿cuenta dos veces?

JORGE.- No.

Daniel.- ¿Cataluña cuenta como país?

Jorge.- ¡Daniel!

Daniel.- Cuatro.

JORGE. - ¿Cuatro?

Daniel.- Sí.

JORGE.- ¿Seguro?

Daniel.- (*Echando cuentas con las manos*.) Uno, dos, tres y cuatro. Sí.

JORGE.- No me salen los números. ¿Tú por dónde estás yendo?

Daniel.- Suiza, Francia...

Jorge.- Ah, vale. Has contado Suiza.

DANIEL.- Hombre, claro. ¿Por qué no lo voy a contar?

JORGE.- No sé, lo veo como decir: cero, uno, dos, tres...

Daniel.- ¿Estamos contando números?

JORGE.- No.

DANIEL.- ¿Entonces? (Pausa.) Estamos contando países.

Jorge.- Sí.

Daniel.- ¿Y Suiza no es un país?

JORGE.- ¡Que sí, pesada!

Daniel.- ¡Pues eso! Vuelvo a empezar.

Jorge.- Suiza, Francia, ¿qué más?

Silencio.

Daniel.- ¿Lo quieres hacer tú?

Silencio.

Daniel.- Suiza, Francia, Andorra y España.

Jorge. - ¿Andorra? ¿Cómo que Andorra?

Daniel.- Andorra, hijo, Andorra. Lo que estás oyendo.

JORGE.- ¿A qué narices hemos ido a Andorra?

Daniel.- A respirar aire fresco, a disfrutar de las vistas, a comprar tabaco...

JORGE.- ¿Tú no habías dejado de fumar?

DANIEL.- Toda exadicta se vuelve un poquito camella. (*Pausa*.) Llegamos allí casi por casualidad. Ya nos habíamos recorrido media Francia, así que empezamos a subir los Pirineos. Yo dejé de leer los carteles y, cuando me quise dar cuenta, ya habíamos cruzado la frontera.

JORGE.-Vamos a ver. ¿Yo cuándo me he muerto?

Daniel.- Cuando paramos en Aviñón.

JORGE.- ¿En Aviñón? Pero si de eso hace tres días.

DANIEL.- Dos semanas más bien. Me he desviado un poquito desde entonces.

JORGE.- ¿¡Dos semanas!? Me estoy mareando.

Daniel.- Algo más de dos semanas, sí. Aproximadamente.

JORGE.- No lo entiendo. Si me he muerto hace dos semanas ¿qué hacemos aquí?

DANIEL.- Pero, fijate, ¡se han pasado volando!

JORGE.- Para el coche, Daniel. ¡Para el coche ahora mismo y mírame! (*Tajante*.) ¡Daniel, para!

Daniel frena en seco.

Jorge. - ¿¡Qué haces!?

DANIEL.- ¿Cómo que qué hago? Estamos yendo de ruta camino a Asturias.

Jorge.- De ruta estarás yendo tú.

DANIEL.- No. Estamos yendo los dos. Este viaje lo empezamos juntos y no se ha terminado todavía.

Jorge.- Lo empezamos juntos, pero/ si me he muerto, ¿para qué seguir?

DANIEL.- (*Cortándole.*) ¡¡No se ha terminado todavía!! Me he pasado toda la vida corriendo. Haciendo las cosas a toda prisa y sin prestar atención. He vivido al límite y no me arrepiento de ello, pero me he perdido muchos momentos y este viaje no va a ser uno de ellos. Este viaje no va a terminar hasta que

no esté listo y para ello necesito tiempo.

Jorge.- No se puede parar el tiempo, Daniel.

Daniel.- Entonces tendré que empezar a vivir más despacio. Con la velocidad al mínimo, para aprovechar al máximo cada segundo que me quede contigo.

Jorge.- Ya no quedan más segundos. Tienes que dejar que me vaya.

Daniel.- No. Todavía no.

Jorge.- ¿Cómo que no?

DANIEL.- Tú has podido irte tranquilo. Has sido capaz de enfrentarte a tus fantasmas, pero yo todavía no he tenido esa fuerza.

Jorge.- ¿Qué fantasmas?

DANIEL.- A tus sombras, a tus demonios. Has podido mirarlos a la cara y decirles que te han hecho daño. Lo has dicho muchas veces, que lo verbalizabas para sentirte mejor. Que eran los culpables, ¿no?

Jorge.- ¿Quién?

Daniel.- ¡Coño, Jorge! Iván Bustos y Juanjo Moro.

JORGE.- Que tienen la culpa de que me haya pasado toda la vida sintiéndome mal, sí.

Daniel.- Que has vivido con miedo.

JORGE.- Con miedo y con vergüenza a veces, eso es.

Daniel.- Lo has repetido hasta la saciedad y yo no he dicho nada.

JORGE.- ¡Pues hazlo!

Daniel niega con la cabeza.

Jorge.- ¡Hazlo! Libera un montón. Diles: "¡Eh, cabrones! ¡Por vuestra culpa he cargado siempre con millones de traumas y miedos! Seguro que seguís siendo una mierda de personas. Eso si el karma no se ha cobrado ya lo que tenía pendiente con vosotros." (A DANIEL.) ¡Venga, dilo!

Daniel.- No puedo.

Jorge.- ¡Claro que sí! Inténtalo.

Daniel.- ¡Que no!

JORGE.- ¿Por qué no?

Daniel. - Porque hace mucho tiempo que perdoné a esos niñatos. A quien no he conseguido perdonar es a ti. (*Silencio*.) Tú eres

el culpable de mi dolor.

JORGE.- ¿Yo? ¿Qué culpa tengo yo?

DANIEL.- Mucha. Ser gemelos nos hizo un blanco fácil y nunca hiciste nada para evitarlo. Al contrario, parecía que te encantaba ir llamando la atención. Hiciera lo que hiciera para intentar diferenciarnos, acababas yendo detrás. Que yo me apuntaba a piano, tú a guitarra; que yo me compraba la Super POP, tú la Bravo.

JORGE.- Siempre parecidos, pero distintos y eso nos hacía más fuertes.

DANIEL.- ¡A mí no! Me he esforzado al máximo por ser independiente. Por no ser una parte de otra cosa, porque eso me hace sentir que me falta algo, que no estoy completo, que estoy como roto y esa sensación me la provocas tú.

JORGE.- Lo siento.

DANIEL.- Cuando empecé a colocarme<sup>6</sup> pude escapar de tu asfixia, así que seguí haciéndolo, porque la droga no me juzgaba por cada cosa que hacía o dejaba de hacer. (*Pausa*.) Si quieres buscar culpables en mi historia, el primero eres tú. Nunca me has dejado avanzar a mi ritmo. Has preferido

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup>Drogarme.

tirar de mí para que no pudiera dejarte atrás. A ti te frenan tus traumas, pero a mí me frenas tú. Has sido un egoísta y un inmaduro muchísimas veces y te lo digo ahora porque no puedo seguir adelante si no lo sabes, pero ya no lo vas a saber, así que supongo que no podré seguir adelante en ningún caso.

JORGE.- Es increíble que te atrevas a echarme algo en cara cuando siempre he estado ahí para apoyarte y no has querido mi ayuda ni una sola vez. ¿Querías más espacio? ¡Habérmelo pedido! Estábamos solos en Suiza, lo más normal era que nos hiciésemos un poco de compañía, ¿no te parece? Me abandonaste cuando más falta me hacías jy no por dejadez! No. Me abandonaste porque te dio la gana. Porque era lo que querías. ¡Me dejaste con los dichosos true crime de Netflix y te quedaste tan ancho! He muerto enfermo y triste. Y ahora sigues conduciendo porque no tienes el valor que necesitas para hacerte cargo. Conduces, porque apagar el motor del coche implica reflexionar, y tú lo de darle a la cabeza no... Tú lo de evaluar las consecuencias de tus actos nunca... No. Tú no. Tú prefieres vivir rapidito y sin darte cuenta. Por eso nunca te importó dejarme solo. Eres el peor hermano que se podría tener.

DANIEL.- Desde que me mudé contigo no te has quedado solo ni una vez. ¡Ni una!

JORGE.- Nueve horas al día, seis días por semana.

Daniel.- ¡Tenía que trabajar!

JORGE.- ¡Excusas! Pudiste reducir la jornada y no quisiste. Pudiste pedir ayuda y no hiciste nada. Eres mala persona y el que tendría que haberse muerto eres tú.

Daniel.- Lo siento.

JORGE.- Tarde. No intentes arreglarlo ahora, porque es imposible.

Silencio.

Daniel.- ¿Qué has dicho?

JORGE.- Que ya no hay solución. Que es imposible.

Daniel.- Tú no eres mi hermano.

Jorge.- ¿Cómo?

Daniel.- Que no eres mi hermano. Él nunca diría eso.

Jorge.- ¿El qué?

DANIEL.- Que algo es imposible. Diría que es poco probable, que no hay nada imposible.

JORGE.- No digas tonterías. ¡Claro que soy tu hermano!

Daniel.- No.

JORGE.- Soy tu hermano gemelo.

Daniel.- ¡Que no! Él no me haría sentir tan mal como lo estás haciendo tú. No me machacaría de esta manera. Me haría reír, me haría pensar, discutiría conmigo por cualquier tontería... pero esto no. No tan fuerte ni tan duro.

Jorge. - ¿Quién soy entonces?

DANIEL.- La prisa que siempre tuve y la culpa que me echo por no haber pasado más tiempo con él. (*Pausa*.) Necesitaba alargar este momento un poco más. No quería que se acabara el juego, pero tengo que parar. Tengo que llegar a Asturias. Tengo que llevarlo a casa.

JORGE.- Te equivocas, como siempre.

Daniel.- Suéltame.

JORGE. - ¿Vas a volver a abandonarme?

DANIEL.- Perdóname. Yo te perdono. Te quiero.

# **ESCENA 16: EL JARDÍN**

Interior del coche.

Jorge.- (A público.) Para llegar a la casa en la que crecimos desde la carretera que viene de Santander hay que pasar Pola de Siero y llegar al pueblo de al lado, La Carrera, por un camino que te obliga a ir muy lento. Después llegas a la rotonda nueva y recorres solo un cuarto hasta la primera salida. Una vez fuera de la rotonda subes una pequeña cuesta hasta un cruce. Giras a la izquierda y aparcas inmediatamente en cualquiera de los lados de la carretera. Desde allí se ven las ruinas de una casa sin tejado y lo poco que queda del jardín de atrás. (A DANIEL.) Llegamos.

DANIEL.- Me da muchísimo miedo quedarme solo.

JORGE.- No entiendo por qué. Lo has estado cientos de veces.

Daniel.- Pero no era solo, solo. Era solo, contigo. ¿No?

JORGE.- No lo sé, Daniel. Yo cuando estaba solo, estaba solo, solo. Si tú cuando estabas solo, estabas solo, conmigo. ¿Qué quieres que te diga?

Daniel.- Los gemelos nunca estamos solos.

JORGE.- Somos animales de compañía. (Pausa.) ¿Bajamos?

Daniel afirma.

Salen del coche.

JORGE coge la caja y se la da a DANIEL.

Jorge.- Ha llegado el momento.

Daniel.- No me atrevo.

JORGE.- ¿Quieres que te ayude?

Daniel afirma.

Abren la caja.

Daniel.- ¡Anda!

JORGE.- ¡No me digas que te la había puesto aquí! ¡Qué cabeza!

Daniel.- Tu camiseta del Sporting...

Jorge.- ¡Póntela!

DANIEL.- ¡Cómo me la voy a poner si nos valía cuando teníamos cuatro años!

JORGE. - ¿Te puedes imaginar a tu hermano muerto durante tres semanas y no puedes subirle cuatro tallas a una camiseta?

DANIEL saca de la caja una camiseta del Sporting de su talla y se la pone.

Jorge.- Te queda genial.

Daniel.- Gracias. ¿Echamos un partido?

JORGE.- ; Ahora?

Daniel.- ¡Claro! El último.

JORGE.- Mi portería es esta y la tuya, aquella.

Daniel.-Vale, venga.

JORGE. - ¿Preparado?

Daniel.- ¡Un segundo!

Daniel calienta haciendo unos ejercicios más cercanos a la danza que al fútbol.

JORGE.- ¡Tira!

Daniel.- No se dice tira, se dice saca.

JORGE.- Bueno ella, ahora. La futbolera experta.

Daniel.- ¡Venga, vamos!

JORGE y DANIEL juegan con un balón imaginario.

Jorge.- ¡Pásamela!

Daniel.- ¿Cómo te la voy a pasar si tú eres del otro equipo?

Jorge.- ¡Qué más da!

DANIEL sonríe.

Los dos hermanos juegan mientras, muy poco a poco, se va haciendo el...

Oscuro.

### NOTA FINAL DEL AUTOR

A mediados de abril del año 2021, mi hermano leyó una noticia en un periódico online que decía que un hombre había sido detenido en Girona después de conducir más de cuarenta kilómetros en dirección contraria. Cuando los agentes se acercaron al vehículo descubrieron que el hombre llevaba en el asiento del copiloto el cadáver de su pareja, tapado con una manta y con el cinturón de seguridad puesto. Según las declaraciones del conductor, los dos hombres decidieron iniciar un último viaje juntos en el que recorrieron parte de Italia, Francia y España. Una noche, uno de los dos falleció y el otro continuó el viaje durante más de dos semanas.

Mi hermano me envió la noticia con el mensaje: "Esto es teatro".

Lo que esa historia despertó en mí tiene como resultado esta obra dramática.